



La huella del pulgar de san Pedro

Agatha Christie

Ahora, tía Jane, te toca a ti —dijo Raymond West. Sí, tía Jane, esperamos algo verdaderamente sabroso exclamó en tono festivo Joyce Lemprière. Vamos, vamos, no se burlen de mí, queridos —replicó la señorita Marple **plácidamente**—. Creen que por haber vivido toda mi vida en este apartado rincón del mundo probablemente no he tenido ninguna experiencia interesante. —Dios no permita que considere la vida de un pueblo como **apacible** y monótona —replicó Raymond acaloradamente. ¡Nunca más después de las horribles revelaciones que acabamos de oír de tus labios! El mundo **cosmopolita** parece tranquilo y pacífico comparado con Saint Mary Mead.

Bueno, querido dijo la señorita Marple, la naturaleza humana es la misma en todas partes y, claro está, en un pueblecito se tienen más ocasiones de observarla de cerca. Es usted realmente única, tía Jane exclamó Joyce. Espero que no le importará que la llame tía Jane —agregó—. No sé por qué lo hago. ¿Seguro que no, querida? —replicó la señorita Marple. Y la contempló con una mirada tan burlona por unos instantes que las mejillas de la muchacha se arrebolaron. Raymond carraspeó para aclararse la garganta de un modo algo embarazoso.

La señorita Marple volvió a contemplarlos sonriente y luego dedicó de nuevo su atención a su **labor de punto**. Es cierto que he llevado lo que se llama una vida tranquila, pero he tenido muchas experiencias resolviendo pequeños problemas que han ido surgiendo a mi alrededor. Algunos verdaderamente ingeniosos, pero de nada serviría contárselos, ya que son cosas de poca importancia y no les interesarían, como por ejemplo: «¿Quién cortó las mallas de la bolsa de la señora Jones?» y «¿Por qué la señora Simons solo se puso una vez su abrigo de pieles nuevo?».

¿Por qué la pregunta de la señorita Marple incomoda a los jóvenes?, ¿qué característica de la anciana se revela?



Profesora: Soledad Dos Santos
Prof. Diferencial: María Luisa A.



Cosas realmente interesantes para cualquiera que guste de estudiar la naturaleza humana. No, la única experiencia que recuerdo que pueda tener interés para ustedes es la de mi pobre sobrina Mabel y su esposo. Ocurrió hace diez o quince años y, por fortuna,

todo acabó y nadie lo recuerda. La memoria de las gentes es muy mala, afortunadamente.

La señorita Marple hizo una pausa mientras murmuraba para sí:

—Tengo que contar esta vuelta. El **menguado** es un poco difícil. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, y luego se menguan tres. Eso es. ¿Qué estaba diciendo? Oh, sí, hablaba de la pobre Mabel.

Mabel era mi sobrina. Una muchacha simpática y muy agradable, solo que lo que podríamos decir un poco tonta. Le gusta armar un drama por cualquier cosa, siempre que se enfada, y dice muchas más cosas de las que piensa. Se casó con un tal señor Denman cuando tenía veintidós años y me temo que no fue muy feliz en su matrimonio. Yo había esperado que aquella boda no llegara a celebrarse, ya que el tal señor Denman parecía un hombre de temperamento violento y no la clase de persona que hubiera sabido tener paciencia con las debilidades de Mabel. Y también porque supe que en su familia había habido algunos casos de locura. No obstante, entonces las muchachas eran tan **obstinadas** como ahora y como lo serán siempre, y Mabel se casó con él. «Después de su matrimonio no la vi muy a menudo. Vino a pasar unos días a mi casa un par de veces y me invitaron a la suya en varias ocasiones, pero, a decir verdad, no me gusta mucho estar en

¿Cómo sería el hombre ideal para Mabel según la señorita Marple?



Profesora: Soledad Dos Santos
Prof. Diferencial: María Luisa A.

casas ajenas y siempre me las arreglé para excusarme. Llevaban diez años casados cuando el señor Denman falleció repentinamente.

No habían tenido hijos y dejaba todo su dinero a Mabel. Yo le escribí, como es natural, ofreciéndome a hacerle compañía si me necesitaba, pero me contestó con una carta muy **sensata** y yo imaginé que no estaba demasiado **abatida** por la pena. Lo juzgué natural sabiendo que desde hacía algún tiempo hacían vidas separadas. No fue hasta unos tres meses después cuando recibí una carta de lo más **histérica** de mi sobrina, en la que me pedía que acudiera a su lado, que las cosas iban de mal en peor y que no sería

capaz de soportarlo por mucho más tiempo. »Así que, por supuesto, recogí mis cosas, llevé la **vajilla** de plata al banco y acudí en seguida. Encontré a Mabel muy nerviosa. La casa, Myrtle Dene, era muy grande y estaba magníficamente amueblada. Tenían cocinera, **doncella**, así como una enfermera que cuidaba del anciano señor Denman, padre del esposo de Mabel, quien estaba lo que se dice "un poco mal de la cabeza". Era un hombre tranquilo y se portaba bien, aunque a veces era algo raro. Como ya he dicho, había habido casos de locura en la familia. »Me sorprendí realmente al ver el cambio sufrido por Mabel. Era un manojo de nervios y me resultó difícil que me contara el problema. Lo conseguí, como siempre se consiguen estas cosas, indirectamente. Le pregunté por unos amigos suyos a quienes siempre mencionaba en sus cartas, los Callagher. Ante mi



sorpresa, me respondió que apenas los veía ya. Y lo mismo me contestó al preguntarle por otros. Le hablé de lo tonto que era encerrarse en casa y renunciar al trato social, y entonces me contó la verdad.

¿Por qué la señorita Marple decidió visitar a su sobrina?

¿Qué beneficios trajo para Mabel la muerte de su marido?



¿Por qué Mabel reaccionó de manera tan sensata ante la muerte de su marido?

»—No es cosa mía, sino suya. Ahora no hay una sola persona aquí que quiera dirigirme la palabra. Cuando paso por High Street todos se apartan para no tener que saludarme. Soy una especie de **leprosa**. Es horrible y no podré soportarlo por mucho tiempo. Tendré que vender la casa y marcharme al extranjero. Y, sin embargo, ¿por qué tienen que hacerme abandonar una casa como esta? Yo no he hecho nada. »Me inquieté más de lo que puedan ustedes imaginar. Estaba tejiendo una bufanda para la anciana señora Hay y, en mi tribulación, dejé escapar unos puntos y no lo descubrí hasta mucho después. »—Mi querida Mabel —le dije—, me sorprende. ¿Cuál es la causa de todo esto? »Incluso de niña Mabel fue siempre difícil y me costó muchísimo sacarle la verdad. Solo sabía hablar con vaguedad de las personas ociosas y maliciosas que no tienen nada mejor que hacer que chismorrear y lanzar **insidias** a las mentes de los demás.

»—Lo veo muy claro —le dije—. Evidentemente debe de circular algún rumor referente a ti. Tú debes saber muy bien cuál es esa historia, de modo que vas a contármela. »—¡Es algo tan malicioso! —gimió Mabel. »—Claro que es malicioso —repliqué—. No hay nada que puedas contarme acerca de la mentalidad humana que me sorprenda. Y ahora, Mabel, ¿quieres decirme lisa y llanamente lo que la gente anda diciendo de ti? »Entonces salió todo. »Al parecer, la repentina e inesperada muerte de Geoffrey Denman había suscitado varios rumores.

En resumen, la gente pensaba que ella había envenenado a su esposo. »Ahora bien, como supongo que ustedes ya saben, no hay nada más cruel ni más difícil de combatir que los rumores. Cuando la gente habla a nuestras espaldas nada hay que pueda uno rebatir o negar, y las



Profesora: Soledad Dos Santos
Prof. Diferencial: María Luisa A.

habladurías van creciendo sin que nadie pueda detenerlas. Yo estaba completamente segura de una cosa:

Mabel era incapaz de envenenar a nadie y no comprendía por qué iban a arruinarle la vida haciéndole insoportable la estancia en aquella casa solo porque, con toda probabilidad, había hecho alguna estupidez. »—No hay humo sin fuego —le dije—, Mabel. Ahora vas a decirme el motivo de que la gente comenzara a rumorear. Debió ser por algo. »Mabel se mostró muy incoherente, declarando que no había sido por nada, por nada en absoluto, como no fuese, naturalmente,

¿Por qué Mabel se compara con una persona leprosa?

¿Qué situación refleja la inquietud de la señorita Marple?



por lo repentino del fallecimiento de Geoffrey. A la hora de cenar parecía encontrarse perfectamente y por la noche se puso muy enfermo. Naturalmente

habían enviado a buscar al médico, pero el pobre Geoffrey falleció a los pocos minutos de su llegada. Su muerte fue atribuida a envenenamiento por haber comido **setas** venenosas. »—Bueno —le dije—, supongo que una muerte repentina de esa clase puede desatar las lenguas, pero sin duda no sin algunos hechos adicionales. ¿Te peleaste con Geoffrey o algo por el estilo? »Admitió que había sostenido una discusión con él la mañana anterior, a la hora del desayuno.



Profesora: Soledad Dos Santos
Prof. Diferencial: María Luisa A.

»—Supongo que la oirían los criados... —comenté.

»—No estaban en la habitación.

»—No, querida, pero probablemente estaban al otro lado de la puerta —le contesté.

»Yo sabía muy bien lo histérica que podía llegar a ponerse Mabel cuando se enfadaba. Geoffrey Denman también era un hombre dado a elevar la voz cuando se enfadaba. »—¿Por qué pelearon? —quise saber. »—Oh, por las tonterías de siempre. Siempre ocurría lo mismo.

Cualquier cosa nos **enzarzaba** en una discusión. Geoffrey se ponía imposible y decía cosas **abominables**, y yo le contestaba a todo lo que pensaba de él.

»—Entonces, ¿discutían a menudo? —pregunté.

»—No era culpa mía.

»—Mi querida niña —le dije—, no importa de quién fuera la culpa. Eso no es lo que estamos discutiendo ahora. En un sitio como este, los asuntos privados de todo el mundo son poco más o menos del dominio público. Tú y tu marido estaban siempre discutiendo.

Una mañana tienen una pelea mayor de lo normal y aquella noche tu marido muere repentina y misteriosamente. ¿Es eso todo o hay algo más?

»—No sé qué quieres decir —afirmó Mabel **apesadumbrada**.

»—Pues lo que he dicho, querida. Si has cometido alguna tontería, no lo ocultes. Yo solo quiero ayudarte.

»—Nadie ni nada puede ayudarme, excepto la muerte —declaró Mabel con desesperación.

»—Ten un poco más de fe en la Providencia, querida —le dije—. Ahora sé perfectamente que hay algo más que tratas de ocultar.

»Siempre supe, incluso cuando era una niña, cuando no me decía la verdad. Tardó mucho tiempo, pero al fin lo dijo. Aquella misma mañana fue a la farmacia a comprar **arsénico**. Por supuesto firmó en el registro y, naturalmente, el farmacéutico lo había contado.

»—¿Quién es tu médico? —le pregunté.

»—El doctor Rawlinson.

»Yo lo conocía de vista. Mabel me lo había señalado el día anterior y era lo





**Profesora: Soledad Dos Santos
Prof. Diferencial: María Luisa A.**

que vulgarmente se llama un viejo decrepito. Además, yo tenía demasiada experiencia de la vida para creer en la infalibilidad de los médicos. Algunos son inteligentes y otros no, y la mayor parte de las veces no saben lo que le ocurre a uno. Yo no confío ni en los médicos ni en las medicinas. »Después de reflexionar sobre lo que había averiguado, me puse el sombrero y me fui a visitar al doctor Rawlinson. Era precisamente lo que yo había supuesto, un anciano amable y tan corto de vista que daba lástima, ligeramente sordo, y al mismo tiempo susceptible y quisquilloso en grado extremo.

En cuanto mencioné la muerte de Geoffrey Denman se puso a la defensiva, y me habló largo rato de las setas, las comestibles y las que no. Había interrogado a la cocinera, quien admitió que una o dos setas de las que preparó le parecieron "un poco extrañas", pero pensó que debían ser buenas, puesto que se las habían enviado de la tienda. Cuanto más pensaba

En el fragmento «Siempre supe, incluso cuando era una niña, cuándo no me decía la verdad. Tardó mucho tiempo, pero al fin lo dijo. Aquella misma mañana fue a la farmacia a comprar arsénico. Por supuesto firmó en el registro y, naturalmente, el farmacéutico lo había contado».

¿Qué importancia tiene este dato?

¿Qué aspecto de la personalidad de la señorita Marple se refleja en la oración «Yo tenía demasiada experiencia de la vida para creer en la infalibilidad de los médicos»?



En ello desde aquel día, más convencida estaba de que su aspecto no era normal.

»—Y no es extraño —dije yo—. Debieron empezar por ser semejantes a las demás en apariencia y terminar adquiriendo un color naranja con manchas rojas. No hay nada que esa gente no recuerde si se esfuerza.

»Averigüé que Denman ya no podía hablar cuando llegó el doctor. No podía tragar y falleció a los pocos minutos. El médico parecía completamente satisfecho de su dictamen, pero yo no estaba segura de si era debido a un firme convencimiento o a su **testarudez**.

»Me fui directo a casa y pregunté a Mabel por qué había comprado arsénico.

»—Debiste hacerlo con algún propósito —le dije.

»Mabel se echó a llorar. »—Quería suicidarme —gimió—. Me sentía tan desgraciada... y pensé que así terminaría todo. »—¿Tienes aún el arsénico? —le pregunté.

»—No, lo tiré. »Estuve durante unos momentos dando vueltas en mi mente al problema. »—¿Qué ocurrió cuando se sintió mal? ¿Te llamó? »—No —meneó la cabeza—. Hizo sonar el timbre con violencia. Debí llamar varias veces y al fin Dorothy, la doncella, lo oyó y, tras despertar a la cocinera, bajó con ella. Cuando Dorothy lo vio se asustó mucho. Estaba inquieto y delirando. Dejó allí a la cocinera y vino corriendo a buscarme. Yo me levanté y al verlo comprendí en el acto que estaba muy grave. Por desgracia Brewster, que cuida del anciano señor Denman, tenía la noche libre, de modo que no había nadie en la casa que supiera lo que se debía hacer. Mandé a Dorothy a buscar al médico, y la cocinera y yo nos quedamos con él, pero al cabo de unos minutos no pude soportarlo más, era demasiado horrible, y regresé a mi habitación para encerrarme en ella. »—Fuiste muy egoísta y cruel —le dije—, y no hay duda de que tu comportamiento no te habrá ayudado precisamente, ya puedes estar segura. La cocinera lo habrá repetido por todas partes. Vaya, vaya, es un mal asunto. »Luego hablé con el servicio. La cocinera quería contarme lo de las setas, pero la contuve: estaba harta de aquellas setas. En vez de eso, la interrogué detalladamente acerca del estado de su amo en aquella trágica noche. Las dos estuvieron de acuerdo en que parecía

¿Por qué crees que Mabel tenía la intención de suicidarse?



Profesora: Soledad Dos Santos
Prof. Diferencial: María Luisa A.



agonizante, que apenas podía tragar, solo hablaba con voz apagada y delirante, y que no dijo nada que tuviera sentido.»—¿Qué dijo cuando deliraba? —pregunté con curiosidad. »—Algo acerca de un pescado, ¿no? —dijo volviéndose a la otra.

Dorothy asintió. »—Un montón de pescado —dijo—, o alguna tontería por el estilo. En seguida comprendí que el pobre señor había perdido la cabeza. »No era posible sacar nada en claro de aquello. Como último recurso, fui a ver a Brewster, que era una mujer delgada de unos cincuenta años. »—Es una lástima que no estuviera yo aquella noche —dijo—. Al parecer nadie intentó hacer nada por él hasta que llegó el médico. »—Supongo que **deliraba** —dije pensativa—, pero eso no es síntoma de envenenamiento producido por alimentos en mal estado, ¿o sí? »—Eso depende —replicó Brewster. »Le pregunté por el estado de su paciente.

»Meneó la cabeza.

»—Está bastante mal —replicó.

»—¿Débil?

»—Oh, no. Físicamente está bastante bien, aparte de la vista, que le empieza a fallar. Puede que nos sobreviva a todos nosotros, pero su mente se está perdiendo muy deprisa. Les dije al señor y a la señora Denman que debían internarlo en un sanatorio, pero la señora Denman no quiere oír hablar de ello siquiera. »Debo decir que Mabel siempre ha tenido un corazón generoso. »Bien, así estaban las cosas. Consideré cuidadosamente todos los aspectos y finalmente decidí que solo quedaba una cosa por hacer. En vista de los rumores que circulaban, debíamos solicitar un permiso para exhumar el cadáver, practicarle la debida autopsia y hacer que las lenguas se callaran para siempre. Desde luego, Mabel armó un gran alboroto diciendo que no se debía molestar a un muerto en su tumba, etc... pero yo me mantuve firme.

»No me alargaré en esta parte de mi historia.

Conseguimos el permiso y se llevó a cabo la autopsia, o como se llame

